

*CRISTIANISMO. Su establecimiento en el Mundo, a pesar de la magnitud de la empresa i de las dificultades de todo jénero con que tuvo que luchar.—Discurso del Presbítero don José Ramon Astorga en su incorporacion a la Facultad de Teología, pronunciado el 11 de Agosto de 1859.*

Señores:—Habeis querido llamarme a ocupar, en la Facultad de Teología de esta Universidad, el asiento que ha dejado vacante en ella el prematuro fallecimiento de uno de sus mas activos e inteligentes Miembros. Vosotros, al paso que deplorais tan grave pérdida, no podreis dejar de recordar con satisfaccion los talentos, la constante laboriosidad i el conjunto de relevantes prendas que adornaban al Presbítero Doctor don José Vitaliano Molina, i que lo hacian tan digno de la confianza i estimacion que le dispensabais. I si bien este recuerdo no es respecto de vosotros sino el justo tributo que pagais a la memoria del señor Molina, para mí viene a ser un motivo de confusion, al considerar que, de todas esas buenas cualidades, el sucesor solo cuenta con el deseo ardiente que lo anima, de consagrarse como él a la realizacion de los importantes fines a que la Facultad de Teología está llamada por su institucion. ¡Ojalá que esta franca manifestacion de mis sentimientos me haga acreedor a vuestra induljencia, al tener el honor de dirijiros la palabra en esta vez en cumplimiento de los estatutos universitarios!

El Cristianismo, señores, cualquiera que sea el punto de vista bajo el cual se le considere, se presenta, aun al ojo ménos perspicáz, con las señales mas claras e inequívocas de su divinidad. Así como el espectáculo del firmamento i de las bellezas de la Creacion anuncia constantemente la existencia del Supremo Hacedor, el Cristianismo publica, con voz no ménos elocuente, la gloria i la infinita sabiduría de su Autor. Al fijar yo ahora mi consideracion en este monumento grandioso, erijido en el Mundo para no parecer jamás, no es mi ánimo entrar en el análisis detenido de todos los caractéres que nos lo dan a conocer como una obra divina. Mi propósito al presente, es examinar tan solo uno de ellos: el hecho de su establecimiento en el Mundo, apesar de la magnitud de la empresa i las dificultades de todo jénero con que tuvo que luchar: dificultades que habrian hecho necesariamente fracasar cualquiera obra que solo hubiese contado con los recursos del poder humano.

¿Qué era lo que el Cristianismo se proponia al presentarse en la escena del Mundo? Nada ménos que destruir la Idolatría, i fundar un imperio eterno sobre sus ruinas. Para poder, pues, calcular la magnitud de tal empresa, menester es echar una rápida ojeada sobre el Paganismo.

En aquel tiempo, exceptuando solo la Judea, la idolatría dominaba sin rival de un extremo a otro del Mundo, hasta entónces conocido. Imposible parece que el hombre hubiera podido formarse una Religión que favoreciese mejor los gustos e inclinaciones viciosas de la naturaleza corrompida. Es verdad que las pasiones humanas no habian alcanzado aun a borrar completamente las primitivas tradiciones sobre la existencia i atributos de Dios; pero, a virtud del materialismo que ellas habian enjendrado en el hombre, estaba éste mui distante de atribuir al Ser Supremo los caractéres i espiritualidad que corresponden a su naturaleza. Fué, pues, necesario que se representase a la Divinidad con todos los atributos de la naturaleza corporal, i multiplicándola indefinidamente por todas partes, asignó un Dios a cada nacion, ciudad o familia, no ménos que a los mares, rios i montañas. Incapáz de concebir una naturaleza superior a la del hombre, ni otra felicidad que la que proporcionan los goces de los sentidos i la satisfaccion de las pasiones, consideró a los Dioses como otros tantos seres inmortales, pero cargados de los vicios i pasiones mas degradantes; i no contento con asignar su morada a esta multitud de Divinidades, en el Cielo o en los lugares mas hermosos de la Tierra, fué necesario, para satisfacer las exigencias de los sentidos, verlas i tocarlas. De aquí el oríjen de los ídolos que el hombre se formó, creyendo que el Dios respectivo venia a situarse en ellos para recibir los homenajes debidos a la Divinidad: tal era en resúmen la Teología pagana.

Su culto no ofrecia ménos encantos que sus dogmas. Los templos consagrados a las falsas Divinidades, eran suntuosos i magníficos edificios, decorados con las obras mas esquisitas del arte, que por lo regular se encontraban allí depositadas. Sacerdotes ricamente vestidos i acompañados de jóvenes de ámbos sexos, engalanados con blancos ropajes i coronados con guirnaldas de hermosas flores, inmolvaban víctimas con toda la pompa que los ritos jentílicos prescribian. El aire estaba impregnado de los mas esquisitos perfumes, i contribuian a deleitar el oído lassuaves voces de mil instrumentos armoniosos. El sacrificio era seguido de juegos, bailes, e iluminaciones, i de cuanto podia inspirar la mas refinada sensualidad.

La moral del paganismo, léjos de oponer algun dique al torrente impetuoso de las pasiones humanas, no hacia otra cosa que favorecerlas, lisonjearlas, divinizarlas. Todos los desórdenes, hácia los cuales el hombre es arrastrado por el desenfreno de sus apetitos, eran, no solamente permitidos, sino consagrados por el ejemplo de los Dioses. Los excesos de la impureza i de la embriaguéz tenian su apoyo en el Cielo. La idea de una vida futura no venia a turbar sus goces, porque el Tártaro estaba solo reservado para ciertos crímenes, tan enormes, que la naturaleza se

resiste a ellos por sí misma; los otros no cerraban a sus perpetradores la entrada a los Campos Eliseos.

Por otra parte, todo cuanto puede contribuir a autorizar un culto; parece que favorecía una religión tan cómoda. Ella formaba la base de los Estados; i era tan querida, que combatían los hombres por su defensa, con tanto ardor como por su propia vida. Su origen era tan remoto, que se perdía en la noche de los tiempos. Esos sábios legisladores cuyas leyes hasta hoy día se veneran; esos grandes filósofos cuyas obras admiramos; esos oradores cuya elocuencia nos encanta; esos historiadores que hasta el presente nos sirven de modelo; tantos sábios como produjeron Grecia i Roma; todos en fin tributaban a los Dioses sus homenajes, i se reunían con el pueblo a cantar sus alabanzas. Los oráculos habían prometido a Roma que llegaría a ser, como sucedió, la señora de las Naciones, i que conservaría su imperio mientras permaneciese fiel observante de las antiguas ceremonias. Los Césares deponían su Majestad al pié de los ídolos, i se honraban de poder llamarse sus servidores. Todo, pues, contribuía a afirmar en el Mundo el imperio de la Idolatría.

Entre tanto, el Cristianismo, que debía subrogarla era, humanamente hablando, mas propio para alejar de él a los hombres que para atraerlos. Sus dogmas eran incomprensibles i aun absurdos a los ojos de los paganos. Les propone como objeto de adoración un Dios invisible, eterno e inmenso, uno en la esencia i trino en las personas; que prescribe someter la inteligencia al yugo de una fé; que solo le presenta, como verdades inconcusas, misterios insondables e incomprensibles; que enseña, como uno de los artículos fundamentales de su símbolo, la divinidad de su autor, que fué condenado por los tribunales de su nación al mas afrentoso suplicio como uno de los mayores criminales; obliga, en fin, a creer otras innumerables verdades no ménos inaccesibles al humano entendimiento, so pena de incurrir en la divina indignación i hacerse reo de eternos suplicios.

A mas de una doctrina tan incomprensible, los cristianos hacían profesión de la mas ríjida moral. Su lei entrañaba tal perfección, que sus enemigos la creían impracticable; pues atacaba todos los vicios, combatía todas las pasiones, enseñaba todas las virtudes. Los fieles renunciaban a los placeres, llevaban una vida austera, se empeñaban con juramento a no cometer crímenes, ni faltar a sus promesas. No se permitían la venganza; ántes, por el contrario, se amaban como hermanos, i amaban también a los demás hombres sin excepción. Todas sus esperanzas estaban cifradas en una vida futura, i despreciaban la presente, tolerando los mas crueles martirios en defensa de su fé.

Agréguese a esto, que todas las preocupaciones del mundo pagano hacían ménos aceptable el Cristianismo. Nosotros, familiarizados desde

ja niñez con la doctrina, la moral i las prácticas cristianas, no podremos formarnos alguna idea de lo repugnante que debia aparecer el Cristianismo a la vista de los paganos, sino transportándonos al tiempo de su predicacion, i considerando que era una Religión nueva, marcada con el sello del oprobio que se reconocia en la muerte de su Autor, anunciada por hombres tratados de bárbaros en presencia de la cultura de Grecia i Roma, calificada de ateismo porque atacaba a los Dioses hasta entónces adorados, i considerada por lo mismo como oríjen de grandes calamidades públicas. Era, en fin, una Religión proscrita desde su cuna, castigados sus secuaces con la última pena, i que prescribia el sufrimiento de los mayores males por una recompensa que no se vé ni puede obtenerse sino despues de la muerte. ¡Cuán violentamente no debian, pues, sublevarse los sentimientos del corazon, para oponer la mas fuerte resistencia a la admision de la nueva doctrina! Pues bien, apesar de tamañas dificultades, la empresa que se acometia no estaba circunscrita al estrecho círculo de una provincia o nacion; sus límites eran los del Mundo entero. Es de notar que la antigüedad pagana no habia conseguido hacer salir sus mas bellas teorías del recinto de las escuelas; con todo, las sublimes doctrinas del Cristianismo debian resonar en las Sinagogas de los judios, en los Templos consagrados a los ídolos del paganismo, en las Academías mas florecientes de la Grecia, en las Córtes de los mas grandes Príncipes. La oposicion de tantos intereses contrarios, la infinita diversidad de sentimientos, la diferencia de las costumbres, no debian impedir a todos los pueblos de la tierra, adoptar las mismas creencias, seguir los mismos ejemplos, practicar las mismas virtudes. ¡Grandiosa empresa! ¿Es posible concebir su realizacion, sin que para ello interviniera el poder divino? ¿No sería una locura imaginar siquiera, que una obra de este jénero podia llevarse a cabo haciendo servir para ello los resortes de la política o los recursos del poder humano?

Hai, sin embargo, muchas otras consideraciones que naturalmente conducen a robustecer esta misma conclusion. ¿Cuál es el tiempo que se elije para predicar el Cristianismo a las Naciones? ¿Vivian entónces por ventura los hombres diseminados entre los bosques, sin cultura, sin artes, ni ciencias? ¿O era aquel un tiempo en que el enbrutecimiento de la multitud presentaba a los hombres de talento una ocasion favorable para imponer a los demás su manera de pensar? Léjos de eso, se escogió el siglo de Augusto: el siglo mas esclarecido, en que Roma, señora de las Naciones por las armas, lo era tambien por su civilizacion: siglo que presenta a nuestro espíritu la idea del gusto, de la erudicion, de los talentos i de la perfeccion en todo jénero. El Imperio estaba lleno de filósofos, de oradores, de poetas e historiadores: el amor a las letras era universal. Pero, al paso que era mayor la ilustracion de la intelijencia,

la corrupcion del corazon no conocia límites. Jamás nos ha presentado la historia un ejemplo de mayor desarreglo en las costumbres; los poetas de aquella época pueden darnos alguna idea del grado a que habia llegado el extravío en este punto. Ahora bien: a esos hombres orgullosos que hacian tanto alarde de su ciencia, es a los que se va a echar en cara la monstruosa extravagancia i la inconcebible estupidez que encierra el culto de los ídolos; a esos sábios altivos i celosos de los derechos de la razon, es a los que se vá a anunciar una doctrina impenetrable, que debia parecerles estar en oposicion con el buen sentido, i contrariar las verdades mas evidentes. A hombres entregados a las delicias, acostumbrados a no rehusar nada a sus pasiones, en quienes el hábito ha llegado a formar una segunda naturaleza, se les vienen a presentar reglas severas de moral. Se les pide que se abstengan de los placeres para llevar una vida mortificada, se les exige que detesten todos los vicios i practiquen todas las virtudes, se les prohiben, no solamente las acciones criminales, sino los pensamientos i los deseos de cometerlas.

¿I quiénes son esos hombres tan poderosos, sábios e influentes, que pretenden obrar tan extraña transformacion? Sabido es que la elocuencia de los oradores se hizo, mas de una vez, dueña de las deliberaciones de Atenas i Roma; pero los predicadores del Cristianismo, doce pobres pescadores de Galilea, no conocieron jamás los recursos del arte de Demóstenes i Ciceron. Su lenguaje nada tiene de encantador; en sus discursos, ni emplean como los filósofos la fuerza de los razonamientos para convencer, ni, a falta de ellos, recurren al artificio para engañar. En el Templo de Jerusalem, en presencia de los verdugos de su Maestro, en el Aréopago de Atenas, en la Córte de Neron, anuncian pura i sencillamente a Jesus crucificado. No se les vé usar de lisonjas para conciliarse el favor de los grandes, ni recurrir tampoco a la intriga para ganarse prosélitos. Léjos de querer ocultar las humillaciones de su Maestro, hacen consistir en ellas su honor i su gloria. Esos doce hombres oscuros, que acometen la mas atrevida empresa que haya existido jamás, no cuentan, ni con los recursos del oro, ni con el ascendiente que dan ante los hombres el poder o una enuembrada posicion social. Son personas salidas de la hez del pueblo, despreciables por la bajeza de su oríjen i de su profesion. ¿Es pues concebible, que, con tales antecedentes, estos doce pescadores, diseminados en las diferentes partes de la tierra, pudiesen llevar a cabo, con solo los recursos humanos, un plan tan bien organizado, que fuera capaz de resistir a todos los elementos conjurados para destruirlo?

Hemos examinado ya los obstáculos que el Cristianismo oponia por sí mismo, digamoslo así, a su establecimiento por la incomprendibilidad de sus dogmas, la severidad de su moral, la novedad de su oríjen, el suplicio de su Autor, i la calidad de sus predicadores; recorramos ahora

los que sus enemigos suscitaban para detener su curso. Los paganos se esforzaron por impedir el establecimiento de la nueva Religión, calumniando atrozmente a los primitivos cristianos. Acusaban a estos de ateísmo, porque se negaban a dar culto a los ídolos, pretendiendo que si el Imperio había perdido algo de su antigua grandeza i estension, era debido al desprecio que ellos hacían de las ceremonias; decían que eran májicos, que sus sociedades no admitían hombres buenos i sábios, sino malvados e ignorantes; los trataban de insensatos, porque creían en las cosas mas ridículas; calificaban de locura la esperanza que tenían en la vida futura, i los incitaban a que abriesen los ojos para ver, en los males que los aflijían al presente, un argumento contra la justicia de la causa que defendían; por último, los paganos aseguraban que los cristianos en sus reuniones, despues de alimentarse con carne humana, se entregaban a los mas abominables excesos. No contentos con esto, los mas esclarecidos ingenios se dedicaron a estudiar los dogmas del Cristianismo para convencerlo de absurdo i falsedad. Celso, Porfirio, Hierocles, apuraron todos los recursos de su talento para llegar a este fin. I, lo que es todavía peor, en el seno mismo de la iglesia naciente se levantó un sinnúmero de herejías, que por sí solas habrían bastado para ahogarla en su cuna, si la virtud del Altísimo no interviniera para sacarla incólume de tan ruda prueba.

Impotente el paganismo para oponerse a la obra de Dios por estos medios, se lanzó en las vías de la persecucion mas cruel i horrorosa que haya existido jamás. Los pueblos se levantan en masa contra los cristianos, los Emperadores ponen en manos de los Majistrados la cuchilla exterminadora. Los suplicios ordinarios parecen demasiado suaves para castigar a los que son considerados como enemigos de los Dioses i del Estado. Son azotados, clavados en cruces, arrojados a las bestias feroces, enterrados vivos o sumerjidos en las aguas. Se escojen aquellos suplicios que hagan morir mas lentamente, i se les curan las heridas para tener el horrible placer de renovarlas. La piedad parece que se hubiese extinguido para los cristianos en el corazon de los demás hombres, i el pueblo, que siempre vé con cierto movimiento de compasion a los mas grandes criminales sobre el cadalso, prorumpe, a la vista del martirio de los cristianos, en gritos de alegría. La muerte misma no los pone a cubierto de la rabia de sus perseguidores; porque sus restos son quemados i esparcidas al viento sus cenizas, a fin de aniquilarlos, si posible fuera. El ódio que se les profesa no queda satisfecho con el suplicio de algunos solamente: Roma se embriaga con la sangre de los cristianos i la hace derramar a torrentes en la vasta estension de sus dominios, sin perdonar edad, sexo ni condicion. I ni es esta una persecucion de algunos dias, de algunos meses o de algunos años; menester es contar por siglos los sufrimientos de la Iglesia i de sus hijos.

I bien : ¿cuál es al fin el éxito que, naturalmente hablando, debia tener la empresa acometida por los Apóstoles? Ya hemos visto por una parte a los sábios, a los Emperadores, a los ejércitos, al Universo entero ; por la otra, a algunos ignorantes sin defensa i sin apoyo. Por una parte la inhumanidad, el furor ; por otra la debilidad, la paciencia, la muerte. ¿Quien debia, pues, humanamente hablando, llevarse la victoria? La idolatría. I sin embargo, ¿qué sucedió? Doce pescadores de Galilea hacen adorar a Jesus crucificado, no solo a un gran número de judíos, sino a una multitud inmensa de gentiles. Su voz resuena por toda la tierra, i sus palabras se dejan oír hasta en las extremidades del Mundo. Someten al yugo del Evangelio a aquellos mismos pueblos a quienes los romanos no habian podido dar leyes, i la Iglesia en su nacimiento está mas estendida que la dominacion de los Césares. Roma necesitó setecientos años de victorias para formar su Imperio, i el Cristianismo desarmado reina desde su oríjen entre todas las Naciones. Nada valen para detenerlo en su majestuosa carrera, ni los recursos de la elocuencia i de la filosofía, ni los tormentos i las persecuciones de todo jénero ; porque hasta la muerte, ese principio fatal de destruccion para las sociedades, se convierte en un jéermen fecundo de cristianos. Casi todos los hombres abren al fin los ojos a la luz ; los templos de los ídolos quedan abandonados ; no se ofrecen ya sacrificios en ellos ; i Jesus, por un jénero de triunfo nuevo, enteramente divino, i que a él solo pertenece, hace de sus enemigos otros tantos adoradores. Así es como, despues de trescientos años de persecuciones i crueldades, todo el Universo se hizo cristiano ; la Cruz sube al fin al trono de los Césares ; i Roma, que tiene en sus manos todos los centros de la tierra, se sirve de ellos para proteger el Evangelio.

¿I qué causa secreta pudo intervenir para operar en el mundo pagano tan estupenda transformacion? ¿No es verdad que el simple hecho de su conversion puede considerarse, por sí mismo, como un milagro que atestigua la divinidad del Cristianismo? Sin embargo, la incredulidad presuntuosa ha tentado dar explicaciones plausibles del establecimiento de esta relijion por vías naturales. Para confundir la arrogancia de los incrédulos, bastaría citar textualmente las elocuentes palabras de un célebre apolojista moderno (1) que ratiocina sobre la materia, valiéndose sustancialmente de las palabras de San Agustin : “¿Queréis, dice aludiendo a los incrédulos, que la Relijion se haya establecido por medio de los milagros referidos en nuestros libros sagrados, i en los primeros monumentos de la antigüedad cristiana? ¿O queréis que se haya establecido sin ellos? Elejid. Si Jesucristo, los Apóstoles i los primeros discípulos de estos obraron realmente estos mismos milagros, ¿por qué vacilais en humillaros ante una Relijion que se os presenta marcada con un

(1) Frayssinous, *Discurso sobre la divinidad del Cristianismo*.

sello del todo divino? ¿Diréis acaso que estos milagros no son mas que fábulas? Con eso solo desquiciáis los fundamentos de la historia, i os condenáis a no creer ninguna de las relaciones históricas de la antigüedad; porque, ¿dónde hallaréis hechos mas auténticos que los de Jesucristo i los de sus discípulos? Yo os concedo por un momento cuanto queráis; pero si la Religión se ha establecido sin el auxilio de los milagros, os vereis obligados a confesar que solo su establecimiento es el mas grande de todos. Por cualquier lado que consideremos a la Religión, ya sea en la persona de los primeros que la anunciaron, ya en la doctrina que enseña, o ya en la época en que apareció, hallaremos que todo estuvo contra ella desde su oríjen, i nada a su favor; de modo que, a no estar sostenida por una mano enteramente divina, hubiera debido sucumbir i perecer.”

Voi sin embargo a tocar lijeramente, en conclusion, algunas de las causas que, en sentir de Gibbon, explican naturalmente el establecimiento del Cristianismo, i que fueron acogidas con entusiasmo por los filósofos del último siglo. Estas causas pueden reducirse al celo intolerante de los primitivos cristianos; a la creencia en la vida futura; al don de milagros atribuido a la primitiva Iglesia, i a la moral pública i austera de los cristianos. Examinémoslas.

El celo intolerante, que ha querido invocarse como causa natural del establecimiento del Cristianismo, parece consistir en el odio que los fieles profesaban a la idolatría, en el heroísmo con que arrostraban la muerte i los mas crueles suplicios, ántes que abjurar de su fé, i en la actividad que desplegaban para imbuir a los demas en los principios de su religión, i ganarse prosélitos. Pero, si estas bellas disposiciones de los fieles, tan favorables a la causa del Cristianismo, eran inspiradas por la naturaleza, ¿por qué razon, habiendo ellos nacido en el Paganismo i vivido largos años bajo la influencia de una religión tan cómoda, renunciaban a ella para abrazar el Cristianismo, con la certidumbre de ser víctimas del odio frenético de sus perseguidores? ¿Por qué ese celo intolerante, cual enfermedad exclusiva del Cristianismo, no habia de atacar a los paganos sino desde el momento en que se convertían? Claro es, pues, que sin reconocer la influencia celestial que venia en apoyo de la flaqueza humana, no es posible descubrir la causa natural que llevaba a los confesores de la fé a la presencia de los jueces; que conducia a los mártires con imperturbable serenidad al cadalso, i que hacia volar a los Apóstoles a las extremidades del Mundo. Porque, si tan heroico desprendimiento hubiera de explicarse por el fanatismo; para desengañarse, bastará solo recordar que el carácter del fanático es de un tinte sombrío i feróz: su celo, sanguinario i violento; al paso que los primeros fieles se nos presentan como un perfecto modelo de caridad, dulzura i mansedumbre. Léjos de recurrir a la violencia para imponer la fé a los de-



mas, se dejaron sacrificar, aun cuando en muchos casos habrían podido resistir a sus perseguidores ; i manifestaron que sabian perdonar, exhalando el último suspiro entre las plegarias que dirijian al Cielo por la felicidad de sus verdugos.

Es verdad que la creencia en los premios i castigos eternos que se efectuarán en la vida futura, tal como la tenemos los cristianos, es mui propia para conmover profundamente a los que por otra parte están convencidos de la divinidad del Cristianismo ; pero no sucede lo mismo con los que se burlan de la verdad de la Religión i de sus promesas, como lo hacian los paganos, a quienes no debian hacer mas impresion estas verdades que la que producía en ellos su creencia en la felicidad de los Campos Eliseos. Buena prueba de ello es la ninguna influencia que este dogma consolador ejerce en los incrédulos de nuestros dias.

El don de los milagros atribuido a la primitiva Iglesia, es otra de las causas naturales que se asignan al establecimiento del Cristianismo. Pero, para poder apreciar debidamente el valor de semejante asercion, bastará preguntar : ¿era este don real o imaginario? Si lo primero, claro es que tal causa no puede ser calificada de natural ; i si lo segundo, ¿por qué las fábulas creidas por los cristianos producian otros efectos que los de la mitología pagana? ¿Por qué éstas no impidieron la ruina del Paganismo, al paso que aquellas sirvieron para establecer bajo tan sólidas bases el reinado del Cristianismo en todo el Mundo?

No puede negarse, que el espectáculo que ofrecia a la vista de los idólatras el ejercicio de la moral pura i sublime que profesaban los cristianos, no podia dejar de inspirarles sentimientos de aprecio i respeto hácia ellos. Pero, si se considera la espantosa i jeneral corrupcion de costumbres que entónces reinaba, corrupcion que favorecia i fomentaba la moral del Paganismo ; fácilmente se concebirá que no era posible el que, hombres como los Apóstoles, hubiesen inventado las sublimes prescripciones de la moral cristiana, i mucho ménos que, con solo los recursos humanos, hubieran logrado hacerla aceptar a hombres entregados desde la niñez a los excesos del libertinaje. Todo, pues, nos está manifestando claramente que el hecho del establecimiento del Cristianismo es uno de aquellos que son extraordinariamente maravillosos, i que solo pueden explicarse reconociendo en ellos la intervencion divina.

Aquí debiera terminar, señores ; pero me falta todavía que cumplir un grato deber. No puedo dejar la palabra sin hacer un justo elogio de mi digno predecesor en el asiento que vengo a ocupar : elogio que haré brevemente por corresponder a la benevolencia con que me habeis honrado elijiéndome para sucederle.

Fresca está aun la memoria del Presbítero don José Vitaliano Molina, cuyos importantes servicios conoceis todos vosotros mejor que yo. Los recordaré, sin embargo, para que se comprenda mas bien el público

duelo que por su prematura muerte hemos hecho sus amigos, i todos aquellos que, sin serlo, sabian apreciar su distinguido mérito.

Nació el Presbítero don José Vitaliano Molina en la ciudad de la Rioja, en la República Argentina. Sus padres, que pertenecian a las familias mas conocidas del pais, cuidaron de darle una educacion correspondiente a su clase. Con este fin lo enviaron desde su tierna edad a la ciudad de Córdoba, del Tucuman, en cuya célebre Universidad hizo sus estudios de Filosofía, Teología, Matemáticas i Ciencias naturales. Concluida que fué su carrera literaria i científica, con el lucimiento que era de esperar de su aventajada intelijencia i constante laboriosidad, se dedicó a la profesion mercantil en Buenos-Aires i Montevideo, hasta que la divina gracia lo llamó al estado sacerdotal, que se resolvió al fin a abrazar despues de sérias meditaciones i de una larga preparacion. A principios de 1838 recibió las sagradas órdenes de manos del Ilmo. señor Medrano, Obispo de Buenos-Aires. Los primeros años de su sacerdocio los empleó en misionar, en union de su respetable i querido tio, el doctor don Pedro Ignacio Castro i Barros, a los pueblos mas necesitados de la Banda Oriental que carecian de auxilios espirituales. Los disturbios políticos del Uruguai, i la imposibilidad de volver a su patria, por la brutal tiranía que en ella reinaba, lo obligaron a emigrar a Chile. Fijó su residencia en Santiago; i solo venciendo graves dificultades logró obtener de su Prelado la licencia necesaria para incorporarse al clero de este Arzobispado, como lo efectuó.

Dieziocho años permaneció entre nosotros el señor Molina, llevando una vida verdaderamente sacerdotal, consagrada al servicio de Dios i de la Iglesia. Las augustas fuciones de su ministerio i el estudio de las sagradas letras, eran sus ocupaciones ordinarias. Los pobres que socorre la Conferencia de San-Vicente de Paul, cuyo vice-presidente era, tenían en él a uno de sus mas caritativos bienhechores, porque, aun cuando no poseia bienes de fortuna, sacrificaba su comodidad i su reposo para proporcionarles recursos con que aliviar su infortunio. Vosotros lo visteis mas de una vez recorrer las calles de esta ciudad, implorando de sus habitantes los auxilios de la caridad en favor de esos desgraciados cuyas miserias enternecian su corazon.

La uncion que en la cátedra sagrada acompañaba a sus palabras, i las dotes oratorias que poseia, lo colocaban entre uno de nuestros mejores oradores. La prensa relijiosa lo contó tambien como uno de sus mas ilustrados escritores. En esta época de contrastes i perpétuas luchas, en que el jénio del mal combate por todos medios a la Iglesia de Jesucristo, el señor Molina prestó grandes servicios a tan santa causa. Lleno de ardoroso celo por la libertad de la Iglesia, i dotado de convicciones profundas, consagró su vida, e hizo servir sus talentos por medio

de luminosos escritos, a la defensa de los derechos de la misma Iglesia, a la cual profesó siempre un amor entrañable.

La humildad profunda que le caracterizaba, lo puso siempre al abrigo de las aspiraciones. Reusó, por tanto, admitir varios empleos, que los Prelados de esta Arquidiócesis i tambien los de su patria, le ofrecian. Muchos de vosotros recordais sin duda cuánta fué la amargura de su alma cuando supo que se trataba de presentarlo a su Santidad para Obispo de Córdoba. Tenia el señor Molina un corazon noble i magnánimo, que no le permitió mancharse jamás con acciones que comprometiesen su dignidad i decoro; un carácter firme, en presencia del deber, lo hizo en ocasiones sacrificar sus mas grandes intereses personales ántes que traicionar los dictados de su conciencia. Ultimamente, al señor Molina podria presentársele como un bello ejemplo del amor, del respeto i de la entera sumision a los Pastores, que debe caracterizar a los buenos sacerdotes.

Con tales antecedentes, fácilmente se concibe por qué los Prelados eclesiásticos hicieron de él tan merecidas distinciones. Seis años tuvo a su cargo la direccion espiritual del Monasterio de Santa-Rosa de esta ciudad, dando en este tiempo pruebas inequívocas de su asidua contraccion i esquisita prudencia. Dos años i medio desempeñó en la Secretaría Arzobispal el cargo de Subsecretario. Sirvió igualmente, durante cinco años, la Secretaría del V. Cabildo Metropolitano, la que renunció por motivos de delicadeza que le hacen mucho honor, i que revelan el temple de su carácter, pero que debo yo abstenerme de exponer aquí. Con igual acierto e intelijencia desempeñó por espacio de cuatro años el cargo de miembro de la Junta de Inspeccion de ordenandos. Fué uno de los adjuntos que deben dar su consejo en lo concerniente a la administracion temporal del Seminario. Estuvo siempre dispuesto a admitir las diferentes comisiones que quiso darle el Prelado, figurando no pocas veces entre ellas el delicado encargo de examinar a los que debian ser promovidos a las sagradas órdenes o aprobarlos para confesar, como igualmente la revision de los libros que para su publicacion necesitan préviamente la licencia del Ordinario. Finalmente, el señor Molina rehusó admitir el cargo de Cura-Rector de la parróquia de San-Lázaro, el de Secretario del Arzobispado, i la Prebenda Majistral de la Catedral de Córdoba que se le ofrecia.

En esta sucinta relacion de los servicios prestados por el señor Molina, nada os he dicho de los que hizo como Miembro de la Facultad de Teología. Vosotros no habeis olvidado sin duda el empeño con que procuró siempre corresponder a la honrosa distincion que le hicisteis, llamándolo a ocupar la vacante del señor don Pedro de Reyes. Desempeñó con exactitud e intelijencia las comisiones que se le dieron, ya para asistir a los exámenes públicos que se rinden anualmente en los

Establecimientos literarios de esta capital, ya para examinar los textos de enseñanza correspondientes a la Facultad. Pero cuando aun podía prestar mayores servicios, la muerte nos lo ha arrebatado en la flor de sus años. El Supremo Remunerador quiso llamarlo temprano para recompensarle sin duda sus tareas en una mejor vida.

---

*TEXTOS de enseñanza i de lectura.—Informes sobre los tres que siguen, i su aprobacion.*

TRATADO DE ARITMÉTICA CIENTÍFICA POR DON GABRIEL IZQUIERDO.

Santiago, julio 20 de 1859.

Señor Decano.—En cumplimiento de la comision que Ud. ha tenido a bien confiarme, he examinado el *Tratado de Aritmética científica*, escrito por el Miembro de esta Facultad, don Gabriel Izquierdo, con el fin de que se adopte para la enseñanza del ramo en los Colejios de la República.

La obra del señor Izquierdo es un extenso tratado de Aritmética, redactado bajo un método conveniente, e ilustrado con bastantes ejemplos i aplicaciones, concernientes al comercio i la industria.

Apartándose el autor del plan adoptado hasta ahora por la jeneralidad de los escritores de Aritmética, ha preferido dividir el ramo en dos partes diversas: en la primera trata puramente de la teoría de la ciencia, de sus principios i operaciones primordiales, dejando para la segunda las cuestiones de aplicacion mercantil e industrial. Este método tiene la ventaja de hacer palpable, que las Matemáticas se componen de cierto número de verdades fundamentales, que sirven de base, tanto a las sencillas operaciones del simple comerciante, como a los cálculos del mecánico o a las sublimes investigaciones del astrónomo. La Aritmética de Blum, que goza de buen crédito, se halla redactada bajo este mismo plan; i si no me engaño, ha sido el primero que le ha dado la preferencia sobre los comunmente adoptados.

Juzgo tambien aceptable que el autor, separándose de la jeneralidad de los tratadistas de este ramo, no entre en el estudio de las *fracciones*, sino despues de haberse ocupado en el de las potencias i raices; pues estos son *dos casos particulares* de la multiplicacion i division de los números enteros; i por lo tanto, conviene explicarlos inmediatamente despues de las cuatro primeras operaciones.